

SOLIDARIOS SIN FRONTERAS

Médicos del Hospital de Elda viajan a África para curar a enfermos de zonas deprimidas

El grupo de la ONG Oasis es el primero en operar en un hospital rural de Ghana tras tres años cerrado por un conflicto

PÉREZ GIL

La vocación de curar. Así es como entiende su trabajo un grupo de médicos, enfermeras, auxiliares y cooperantes del Hospital General de Elda que lleva seis años realizando expediciones al África subsahariana. Sólo les mueve un fin. Prestar ayuda humanitaria a los enfermos de una de las regiones más deprimidas del mundo. Una zona donde la medicina pública es pura utopía, en la que un cirujano cubre una población de 500.000 habitantes y donde cualquier medicamento, si es que lo hay, puede tener el mismo valor que los ingresos de toda una familia en medio año de duro trabajo.

Este fin de semana la expedición sanitaria, organizada por la ONG alicantina Oasis, viaja de nuevo a las poblaciones de Dapaong (Togo) y Binde (Ghana) para continuar con una labor iniciada en 2003 que cuenta, en su lista de logros, con 160 pacientes operados y más de mil consultas en las especialidades de cirugía ortopédica y traumatología y cirugía plástica y reconstructiva.

En esta ocasión, el equipo se ha marcado el reto de realizar otras

presencia de los médicos «batules» gracias a la labor difusora que realizan los misioneros. Ellos se encargan de avisar a la gente de sus respectivos poblados durante las misas y el boca a boca hace el resto.

Incertidumbre

Pero este viaje es especial. Está marcado por la incertidumbre. Los dos traumatólogos, dos anestesiólogos, el cirujano plástico, el anatomopatólogo, la enfermera, la auxiliar y dos cooperantes que componen la expedición no saben lo que les espera en el hospital rural de Binde. Un conflicto político con connotaciones étnicas impidió cualquier uso del mismo por orden judicial. De este modo el centro sanitario que el misionero menorquín Manolo Bonet construyó con gran esfuerzo permanece cerrado desde 2006. El sacerdote tuvo incluso que huir precipitadamente para salvar la vida.

Sin embargo, en los últimos meses el conflicto parece haber alcanzado una vía de solución pacífica y el hospital rural de Binde se dispone a retomar ahora su actividad.



Los miembros de la expedición sanitaria en el Hospital de Elda un día antes de partir a la zona más pobre de África

De hecho, el primer grupo de cooperación que va a operar en sus instalaciones son los componentes de la ONG Oasis. Y lo van a hacer a partir del 26 de octubre si nada lo impide porque en el corazón de África todo es posible.

Al menos en Dapaong las cosas van a ser diferentes. En este caso operarán en un quirófano modu-

lar de PVC que la Fundación Coterro, de Santander, construyó en 2002. Pero eso sí. Se han llevado desde España todo el material quirúrgico y farmacéutico porque las carencias con las que se encuentran cada año les dan vértigo incluso a ellos.

Pero la solidaridad de este equipo de cooperantes no sería posible

sin la decidida ayuda de la dirección médica y de enfermería del Hospital General de Elda, las donaciones privadas y, en este caso, las aportaciones económicas de los ayuntamientos de Sax, Águilas y Ontinyent.

Todo cuenta para seguir rompiendo fronteras con vocación de curar.

Los cooperantes atenderán durante dos semanas día y noche a más de 300 pacientes

50 intervenciones quirúrgicas –principalmente de retracciones por quemaduras, secuelas en rodilla y pie por poliomielitis, deformidades, úlceras y labio leporino– así como atender a 300 nuevos enfermos –la mayoría niños de 1 a 14 años– en un plazo de dos semanas.

Para ello volverán a trabajar desde el amanecer hasta el anochecer sin apenas tiempo para comer ni descansar. Desde el día de hoy y hasta que regresen en la primera semana de noviembre, tal y como llevan haciendo todos los años desde hace seis, volverán a «exprimir» las 24 horas del día dejando constancia de un compromiso moral y profesional que les impide cerrar la consulta mientras haya una sola persona esperando ser atendida. Bien saben ellos que muchos de sus pacientes volverán a llegar desde lejanas aldeas tras una caminata de tres días sin apenas agua ni comida que echarse a la boca. Además, la mayoría se entera de la

ANTONIO ARAGÓN RENUNCIÓ

■ Diez y nueve de octubre de dos mil seis. Una simple fecha, una cualquiera, un día más dentro del vasto calendario. Esa mañana conocimos a Tami. Apareció en la consulta muy de mañana, aferrado a la mano de su padre y con un sucio vendaje rodeando su piernecita. En un inicio, los doctores pensaron que sería fácil el tratamiento: apósito limpio, betadine y poco más. Pero esta vez no, como en otras muchas ocasiones, la realidad superaba con creces a la ficción de las películas. Al subir a la criaturita a la camilla y tras hacerse entender en un maltrecho francés, la recurrente fotografía del horror invadió nuevamente las retinas de los doctores. Al comenzar a destapar aquella extremidad, un penetrante olor (hay olores que cuando uno los encuentra no dejan de aparecerse en los sueños. El olor del hambre, el de la enfermedad, el de la muerte...) a podredumbre golpeó sin piedad y previo aviso los sentidos.

La realidad del continente, oculta tras el vendaje de un niño



Tami, el niño que removió la consciencia de todo el equipo médico del Hospital de Elda, pensativo tras la operación

Y ahí estaba, la tibia infecta, putrefacta, saliendo por el gran canal abierto en la pierna. Hueso necrosado, podrido y maloliente. Negro

como la noche en el África. Recapitulemos. Tres meses atrás, Tami andaba jugando, corriendo feliz, como otro día cualquiera en la ex-

tensa pradera, buscando algo que llevarse a la boca, uno de los juegos más habituales por esas latitudes. Un gran árbol de mango →



ANTONIO ARAGÓN



ANTONIO ARAGÓN

Las vendas de la pierna de Tami ocultaban una terrible fractura de tibia, que tras meses sin cuidados médicos, degeneró en una necrosis del hueso que fue necesario amputar. Arriba, el niño en una foto actual



ANTONIO ARAGÓN

Los médicos «batules» —como la familia del chico llamaba a los cooperantes occidentales— se implicaron a fondo con Tami

→ y sus succulentos frutos fueron la deseada presa aquella fatídica mañana.

Subir presto, estirar la mano en busca de recompensa y disfrutar de su frescura y delicioso sabor. Fácil, muy fácil. Había realizado esa exitosa maniobra más veces de las que podía recordar. Pero esa mañana algo falló. El árbol amigo le tenía preparada su emboscada. Una rama seca, un paso en falso, una diezmilésima de segundo y el pequeño Tami surcaba el espacio en busca de su destino final en forma de duro suelo. Crac.

Un estremecedor sonido. Un sordo crujido. Llanto desolado. Lágrimas empapando la yerma tierra.

Al destapar aquella extremidad, nos inundó el penetrante olor de la enfermedad, el hambre y la muerte

Tres meses después llegaba a la consulta de los médicos «batules» de la mano de su papa. Tres meses de sufrimiento, de no juegos, de incesante dolor. Noventa días conviviendo con la crítica evolución de aquella herida. Padeciendo su olor, viendo tornar la paleta de color de aquel hueso que asomaba por la

purulenta llaga. Del blanco inmaculado al negro profundo. Fractura abierta de tibia lo denominan los libros de traumatología, aunque no creo que haya fotos de ese tipo de aberrantes evoluciones en ellos. Esa imagen quedaría grabada para siempre en la memoria del equipo médico.

Tras recorrer y evaluar cada centímetro de aquel enjuto cuerpecito, Javi y Miguel, los dos cirujanos de aquella expedición, vieron como única opción amputar la pierna por encima de la rodilla. Dura decisión que había que comunicar al preocupado padre que esperaba ansioso en la puerta del improvisado consultorio. Dos segundos le to-

mó al progenitor dejar en manos de los «traumas» el incierto futuro de su vástago. Sabía que eran la única apuesta segura por aquellos lados y la última oportunidad para salvarle la vida a su pequeño. Y así se hizo. La mañana del diez y nueve de octubre de dos mil seis, Tami Magnime, de diez años de edad, se desprendió para siempre de ese pedazo bastardo de carne purulenta y hueso descompuesto que lo había acompañado los últimos tres meses de su vida consiguiendo burlar a una muerte segura que lo esperaba agazapada en la sabana como consecuencia de una fractura abierta de tibia.

Dos horas de cirugía más tarde, los doctores se sentían felices al ver los ojos de Tami recobrar la mirada escondida por la anestesia. Todo había salido perfecto. Eso sí, mientras Tami salía por una de las puertas del quirófano disfrutando una gran piruleta roja en su boca, su piernecita envuelta en una bolsa plástica azul lo hacía por la otra.

Ya no lo acompañaría más la fiebre, ni el incesante dolor, ni el olor penetrante del apéndice putrefacto. Ahora sólo quedaba recuperarse de una operación exitosa realizada por un equipo quirúrgico de lujo y que había sido sufragada por la caridad de la lejana Europa. La familia de Tami no tenía recursos económicos para esos menesteres, suntuosidades por estas latitudes. En este rincón olvidado de África, cuando te pones enfermo, sea de lo que sea, o tu cuerpo hace un esfuerzo sobrehumano y el milagro aparece, o simplemente te mueres, bien por falta de recursos, de tratamientos o por una suma de los dos. Por suerte y giros repentinos del destino, esta vez apareció un oasis en medio del baldío paraje.

Hoy, casi tres largos (o cortos, según se mire) años después, Tami va a la escuela con su nuevo re-

galo en forma de prótesis, ayudado de su inseparable bastón. Juega, estudia, aprende y disfruta tirando piedras a los famélicos perros como el resto de chavales de su edad. Esta vez la película tuvo un final feliz. Aunque todo en la vida, depende del cristal con el que se mire. Su padre lo había dejado en el centro porque no se lo podía llevar consigo de vuelta a casa (eso de ser mutilado no es buen negocio en el África de verdad, en la jodida y olvidada) supongo que también pensando que era la única oportunidad de su hijo para tener una educación, asistencia sanitaria y en definitiva, un futuro en su vida. Nunca vimos a su madre, así que hagan la suma ustedes mismos. Vive en el Centro Don Orión de Bombouaka para niños con

Tres años después, Tami va a la escuela con su bastón y su nuevo regalo en forma de prótesis

deficiencias físicas... y abandonados, por supuesto, en donde se recuperó de la cirugía gracias a los cuidados de un par de misioneros locos. Camina dichoso con su prótesis regalo de los integrantes de la expedición de Oasis y una gran sonrisa en su rostro contando con gran desparpajo a todo aquel con el que se encuentra y queda extasiado con su desenvoltura gramatical, que de mayor, y tras acabar la escuela con notas sobresalientes será cirujano. Esto para poder ayudar al resto de niños necesitados que abarrotan los dispensarios médicos de África y mueren por el desden de ciertas aburguesadas conciencias.